

Periquillo Sarniento y Pito Pérez: Entre el pícaro arrepentido y el pícaro resignado

Jesús Ugarte Vázquez

Cuando estamos frente a los personajes más representativos de las obras de Rubén Romero y Lizardi, nos percatamos que ambos comparten una gran similitud. Primero tenemos al Periquillo que guarda una postura de libertinaje, en donde no se tiene bien definida una dirección ante la vida pero que siempre espera ser recompensado por sus fechorías haciendo dinero fácil a costa de engañar y perjudicar a terceros. Por otra parte, Pito Pérez es un personaje al que no le preocupan las eventualidades, siempre ve la manera de tener una aventura interesante con tal de mantener su vicio.

Sin embargo, las diferencias resultan interesantes pues, aunque pueda parecer que estos personajes no tienen una filosofía de vida definida, en realidad se someten a circunstancias distintas que van direccionando a ambos en caminos opuestos. Periquillo se enfrasca en una rebeldía pasajera ya que, a la muerte de su padre, se espera cierta actitud de madurez junto a los bienes que se le dejaron para así poder construir una vida. Pero toma la decisión de engañar y juntarse con malas compañías como Januario quien le enseña sus trucos para hacer dinero fácil, pero que también es un rival constante. En cambio, Pito Pérez forja una vida en solitario, es un observador antes que un rebelde sin causa, de ahí que pueda narrar sus magníficas historias siempre bajo una mirada crítica hacia la condición humana. De cierta forma, Pito Pérez forja su forma de ser a través de dicha crítica social que rechaza cualquier forma de hipocresía para quienes quieren ver en él a un hombre errado, fuera de los convencionalismos.

En Periquillo Sarniento, el punto de quiebre llega al final de sus narraciones, donde el pobre hombre se da cuenta de todo lo que ha dejado atrás y la vida que ha desperdiciado. Lo reconoce como una vida de errores y es hasta ese momento en que encuentra un camino de vida. Es por esto que se le puede reconocer como una novela moralista, pues comienza con una serie de aventuras divertidas que van atrapando al lector pero que, al sumergirlo, dejan ver también las consecuencias de estos actos. El mensaje es claro: los malos actos nunca recompensarán más que los buenos.

Yo os he escrito mi vida sin disfraz; os he manifestado mis errores y los motivos de ellos sin disimulo, y por fin os he descubierto en mí mismo cuáles son los dulces premios que halla el hombre cuando se sujeta a vivir conforme [...] a los sanos principios de la sana moral. (Lizardi, 2012, pág. 341)

Mientras Periquillo aparece como un hombre reformado, Pito Pérez es un hombre sin arrepentimientos, que están fundamentados en sus experiencias con las personas. Él es capaz de ver la maldad y por ende la hipocresía. La malicia que le atribuyen no es distinta



a la que cada uno trae en su interior y, por lo tanto, él señala con su dedo a quienes lo quieren ver menos o a quienes lo quieren hacer cambiar por alguna cuestión moral que los haga sentir superiores.

Las personas decentes huyen de mí con asco; asco de mi aspecto repugnante, de mi hedor a vino agrio, de mis manos negras, que ni los amigos quieren estrechar, simulando que llevan las suyas ocupadas con el pañuelo. ¿Y sabe usted cómo me llaman aquí? Me dicen Hilo Lacre, ¡Hilo Lacre!, apodo de barillero, de hombre zafio, y no de artista, como yo. (Romero, 2007, pág. 77)

Si el primer mensaje resulta alentador por tener a un Periquillo reformado, el segundo mensaje resulta revelador, pues sabemos por Pito Pérez que ninguna persona queda completamente libre de culpa y la moral solo sirve para encubrir las verdaderas intenciones de la gente.

Así pues, por un lado, tenemos un discurso socrático, donde la justicia tiene que ver con un comportamiento determinado, que permite una convivencia saludable con los demás y por el otro, tenemos a Diógenes, que no repara en descubrir en estos hombres de moral, una careta falsa que dan ante la sociedad pero que no pueden reprimir al momento de la verdad. El mismo Diógenes vive de manera muy libre y sus placeres eran pocos, pero suficientes.

Pero Pito Pérez no es un pícaro que nos hace reír por reír solamente, nos hace pensar y, además, nos conmueve. Dos cosas que nosotros estimamos en arte como de los más altos quilates hay en Pito Pérez, el humanismo y la ternura. (Vega, 2019, pág. 68)

Pito Pérez reniega de Dios, pero no lo hace directamente sino a través de sus fieles. En cambio, el personaje de Lizardi es agradecido con Dios y lo muestra como un salvador de su vida. Cuando se arrepiente va con Pelayo, quien es su amigo (la antítesis de Januario), y este le enseña el camino del bien, adorando a Dios

Lo que verdaderamente hace cambiar a Periquillo no es esta adoración sino el dolor. El miedo es en realidad el verdadero reformador, pero también la incertidumbre pues, Periquillo no tenía idea de cuál era su verdadera identidad dentro de todo lo que le había sucedido. Era un hombre llevado por el viento y nada más. Al final, cuando siente que por fin pertenece a algo que lo ancla lo suficiente para poder enseñar cual es el camino, se da a la tarea de plantear una serie de recomendaciones a sus hijos.

No permita Dios que después de mis días os abandonéis al vicio y toméis sólo el mal ejemplo de vuestro padre, quizá con la necia esperanza de enmendaros como él a la mitad de la carrera de vuestra vida, ni digáis en el secreto de vuestro corazón: "Sigamos a nuestro padre en sus yerros, que después lo seguiremos en la mudanza de su conducta" (Lizardi, 2012, pág. 341)

En cambio, Pito Pérez es más drástico en su determinación. Para él la religión no da al hombre sino una suerte de protección contra lo que ellos mismos buscan. El placer es satanizado muchas veces, pero al momento de encontrarlo, es bien recibido. En este sentido, Periquillo habría disfrutado sus aventuras, aunque al final recomendará a sus hijos no seguir sus pasos. Pero en realidad esto solo se basa en las consecuencias que tuvieron sus acciones más que en el goce obtenido por las mismas. Esta es quizá la diferencia más clara entre los dos pillos. El Periquillo cuenta sus anécdotas como un ejemplo de vida, pero para el lector resulta más interesante la parte en donde la aventura y la vida desenfrenada, se presentan para revelar el ingenio de los protagonistas. Pito Pérez, en cambio, no tiene un desenlace moralista, sin embargo, invita a reflexionar sobre lo que realmente representan las intenciones más íntimas del hombre.

¡Los hombres son realmente aburridos, insoportables! Cuando se dirigen a Dios, lo hacen con fórmulas escritas para cada caso: ¡Ayúdanos, Señor, ¡danos el pan de cada día! ¡ten misericordia de nosotros!... Para librarse del dolor ocurren a Dios, como al dentista; pero para la disipación, buscan vergonzosamente al Diablo y se anegan en todas las delicias del pecado, sin que Satanás oiga alguna vez un ¡gracias, Diablo mío! por el contrario, aún tiene que escuchar cómo los hombres, después del goce prohibido, dan gracias a Dios por el placer que obtuvieron. (Romero, 2007, pág. 49)

Aunque a primera vista parezca que los dos personajes siguen una misma forma de vida, las diferencias se dan en el propio discurso de los personajes, lo que justifica hasta cierto punto, su forma de actuar dentro de las novelas. Si Pito Pérez fuera como Periquillo, habría terminado por reformular su vida y no hubiese dejado que se contara de él ninguna historia. No tendríamos esas anécdotas que le confiesa a su amigo a cambio de una botella. Por otra parte, si Periquillo compartiera esa forma de ver la vida al igual que Pito Pérez, quizá no hubiese sufrido tanto, no hubiera tenido esas dudas que lo atormentaban ni hubiese traicionado a nadie pues, habría encontrado la manera de ser coherente y sin arrepentimientos.

A todos los contiene la figura exageradamente referencial pero hondamente humana de ese Periquillo de inclinación perversa y noble corazón en ocasiones, vago e hipócrita pero capaz de reconocer el bien, pretendidamente ignorante más hábil en muchas de sus empresas, de bastante carácter como para vivir ocho años consecutivos de existencia honesta, vil en muchos momentos y afable y generoso en otros, este personaje al que la palabra «pícaro» no define sino parcialmente [...] (Arce, 2013)

Coincido en varias de estas impresiones. En primer lugar, porque me parece que la hipocresía del personaje perdura incluso después de haberse reformado y, en segundo lugar, porque el Periquillo no fue sino un joven desafortunado en muchas de sus empresas, lo que es muy distinto a decir que fuera un pícaro como verdaderamente lo es Pito Pérez, a quien al final de su historia se sabe que continuará su travesía por la vida, de la misma forma en que comenzó. Por otra parte, alguien que pueda vivir ocho años consecutivos de forma honesta, pone en duda la verdadera naturaleza del personaje, es decir, que quien es originalmente de una forma, difícilmente tendrá como respiro ocho largos años en donde se comporte de una manera distinta.

Bibliografía

- Arce, L. S. (2013). Introducción al «Periquillo Sarniento» de José Joaquín Fernández de Lizardi. Obtenido de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmncz9x7>
- Lizardi, J. J. (2012). El Periquillo Sarniento. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (inehm).
- Romero, J. R. (2007). La vida inútil de Pito Pérez. Ciudad de México: Editorial Porrúa.
- Vega, E. d. (2019). Entre el pintoresquismo y el costumbrismo provincianos. La obra de José Rubén Romero en el cine (1943-1969). Inflexiones. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades UNAM., 68.